

LE CORBUSIER

Todo el mundo conoce a Le Corbusier, precursor de la Arquitectura moderna. Es, ciertamente, el más admirado, el más estimado, el más discutido, el más atacado también por todos los arquitectos contemporáneos. Su marcada personalidad no deja a nadie indiferente.

El colaborador de la revista francesa «Calibán», Alberto Paúl Lentin, le ha pedido que evoque algunos recuerdos de su azarosa vida y dé al mismo tiempo algunas referencias sobre su actividad actual y sobre sus proyectos para el futuro.

«He leído sobre mí tales necedades, que estoy saturado de ellas hasta el resto de mi vida. Desde luego, detesto la publicidad, piensen lo que quieran mis queridos cofrades, que de cuando en cuando pretenden de una manera velada «llamarme al orden» en sus boletines oficiales. ¿Lo que os interesa es la historia de mis tribulaciones? Tendría para escribir una novela. Sin embargo, se ha hecho la tentativa... En cuanto a mi caso personal, puedo definirlo con una sola palabra: soy un ingenuo. Un ingenuo porque nunca he sido astuto con la sociedad. Siempre me he presentado a ella como soy. Jamás he transigido con mis ideas y siempre las he expuesto a mi alrededor con toda su crudeza, sin preocuparme en absoluto de sus consecuencias políticas o sociales. He construido en todo el mundo. Desde muy joven conozco la celebridad, y también he sido combatido en todas partes. Alternativamente, mis proyectos se han plagiado, se han destruido o se han realizado. Tengo escritos veinticinco libros de arquitectura. Sin embargo, sostengo que sigo siendo un ingenuo.

Mis descubrimientos los lanzo al espacio, y los defiendo contra viento y marea. No me importa saber si gustan o no gustan, si están de acuerdo con las disposiciones oficiales o si chocan con el gusto burgués. Considero perfectamente despreciable la opinión de los elementos oficiales, de los miembros del Instituto, de los señores de la cinta roja y de los oráculos de las Bellas Artes.

Los recalcitrantes de Argel y los tradicionalistas de Moscú.

Ciertamente que no siempre he obtenido victorias en mi lucha con la rutina y el conformismo. Contra mí se emplearon todas las armas, comprendida la calumnia. Todos los medios fueron buenos para derribarme. En Rusia, mis adversarios dijeron que era fascista. En Argel, en 1941, dijeron que era bolchevique. Un día, el prefecto de Argel me dijo: «¿Ve usted ese señor que acaba de salir de mi despacho? Es el alcalde, que acaba de pedir su detención.» Entonces me volví a Francia, y durante toda la ocupación no cogí un lápiz.

Sin embargo, en Argel he construido la Sala Pierre-Bordes, el Gobierno General; pero hubiera querido reformar toda la ciudad; hice, por lo menos, siete planos diferentes de Argel, pero nunca pude realizarlos. Cada vez que los exponía en conferencias, el público se mostraba entusiasmado; pero cuando iba a ponerlos en práctica, los elementos oficiales ponían obstáculos.

Felizmente, alrededor de «Corbu» había un grupo de fieles tan ruidosos como entusiastas: Pistor, Edmond Brúa, Camus y otros.

En Africa del Norte no tuve suerte. Projecté los planos del pueblecito de Nemours. No sólo no se han realizado, sino que en la plaza que quise edificar han construido un burdel. Es igual. Africa del Norte es uno de los más bellos países del mundo y Argel una de las capitales más atrayentes que conozco.

He residido tres veces en Moscú, desde 1929 a 1931. No construí el Palacio de los Soviets, del que hice los planos, porque en la época que tenía que hacerlo se produjo, sino un cambio de régimen, al menos un cambio de tendencias en el régimen. Los partidarios de la tradición pura llevaron ventaja sobre los modernistas, y los rusos intransigentes sobre los «occidentales». Los académicos adoptaron una posición en contra mía; se hizo desfilar al pueblo por delante de mis maquetas, y parece que el pueblo no las encontró de su agrado.

Construir para Lyautey.

Los hombres políticos de altura nunca me han concedido un apoyo verdaderamente eficaz. Además, cambian con tanta frecuencia que cuando se empieza a trabajar con uno de ellos se tiene la seguridad de que se continuará con el sucesor, que, a todo trance, adopta concepciones diametralmente opuestas.

Sin embargo, Mussolini me sostuvo en Italia. Envié en favor mío una carta a un Congreso de arquitectos, que examinaron mis proyectos y se mostraron muy divididos en sus opiniones. Era la primera vez que el Duce decidía en una cuestión de arquitectura. Debía yo verle en 1934, pero tuvo que ir a Venecia para entrevistarse con Hitler, y, finalmente, no pude verle nunca. Creo, desde luego, que muy pronto se apoderó de él la monomanía de grandezas.

Sólo hay un hombre con el que yo verdaderamente hubiese deseado trabajar si perteneciera a mi generación: Lyautey. Creo que nos hubiéramos entendido. Era un hombre que nunca hacía las cosas a medias. Por ejemplo, he leído en sus biografías que cuando cogía un libro de Le Corbusier, no lo dejaba hasta que lo había terminado.

De la América de los rascacielos a la Francia de los bidets.

América del Sur es el paraíso de la Arquitectura moderna. Las exigencias no tienen el mismo sentido que en Europa, y cuando se habla de medios de transporte, no se piensa más que en el avión. Todo está por hacer y todas las posibilidades están por realizarse. América del Norte, por el contrario, tiene sus costumbres, sus rutinas. Es cierto que la potencia de sus medios técnicos les permite conservar firme la cabeza, pero sus realizaciones pueden ser sobrepasadas.

Habiendo sido invitado, en 1935, para una serie de conferencias en veintidós ciudades de los Estados Unidos, declaré delante de veinte periodistas al llegar a Nueva York: «Los rascacielos son demasiado pequeños y demasiado numerosos. Encuentro que están todavía muy lejos del rascacielo cartesiano que he definido» Y el libro que publiqué a mi regreso de la U. S. A. lleva como título *Viaje al país de los tímidos*. En efecto, creo que a muchos constructores americanos les falta audacia. Desde luego que su timidez no les impide tener una confianza absoluta y total en sus concepciones y desarrollan una especie de imperialismo arquitectónico un poco parecido al que antes se observaba en los arquitectos alemanes, que todavía hoy me dirigen llamamientos patéticos para que les haga una visita.

Hay que creer que se acuerden de mí y de la época que yo construía en Alemania. Creo que hasta una calle de Stuttgart lleva mi nombre.

Mis construcciones de Stuttgart hoy están destruídas. ¿Sabén qué es lo que más impresionó a los alemanes de estas construcciones? Los bidets. No conocían estos instrumentos, y los llamaban *les petites cochonneries parisiennes*.

Nuevos números de oro.

¿Han leído ustedes en el último número especial de *Cuadernos del Sur* mi artículo sobre «Arquitectura y matemáticas»? Opino, después de Pitágoras, que la Arquitectura, como la música, puede conocer series perfectas. Creo haber resuelto esta cuestión, en la que siempre he reflexionado. Mis primeros trabajos datan de la ocupación. Pero donde he precisado mi descubrimiento ha sido, en 1946, en el mar, sobre un vapor *liberty*, entre Europa y América; algún tiempo después lo expuse a Einstein. El principio es sencillo: pienso que si se consideran ciertas proporciones producidas por el cuerpo humano, sus razones sucesivas determinan una función lineal, que suministra a la Arquitectura sus principales leyes de armonía.»

El inventor me enseña un cuadro, en donde estas proporciones están dibujadas y pintadas igual que una regla graduada, según los principios que él llama «módulo». Añade que está en vías de construir en los Estados Unidos un gran aparato de medida basado en la aplicación de su descubrimiento.

«Siñ hablar de mi plan de reconstrucción de Saint-Dié, estoy edificando en Marsella un gran inmueble para mil quinientas familias. Es una gran realización, en la que están interesados todos los especialistas. Sobre este punto, los arquitectos austríacos me han hecho que les hablara en mi último viaje a Viena.

Rateros, imitadores y plagarios.

En mayo de 1946 fuí nombrado delegado para representar a Francia en la Comisión Permanente de cincuenta y seis naciones, encargada de instalar la Residencia General de las Naciones Unidas. Esta Comisión quería ocupar para sus construcciones cuarenta millas cuadradas (26 áreas) sobre el terreno de East-River, cedido a la O. N. U. por Rockefeller. En seguida exclamé: «¡Es una locura!», y publiqué un resonante informe minoritario. Aunque minoritario, conseguí que observaran mi punto de vista, porque la Comisión, en lugar de pedir veintiséis áreas, no pidió, finalmente, más que... diecisiete. Después de lo cual, la O. N. U. me nombró, en 1947, experto al lado de Wallace Harrisson, arquitecto americano encargado de redactar el proyecto de Residencia General de la O. N. U.

Y para presentar a la Asamblea general sus proyectos de construcción, la Comisión de expertos internacionales se inspiró ampliamente en mis investigaciones y en mis trabajos, que, por otra parte, precisamente en aquella época, resumía yo en una exposición retrospectiva en Boston. Los proyectos se aprobaron por aclamación. El arquitecto Wallace Harrisson y el secretario general de la O. N. U., Trygve Lie, me escribieron cartas muy halagadoras para decirme: «¡Qué victoria! ¡Vuestras concepciones han triunfado!»

Son muy amables cubriéndome de flores. Solamente que yo observo que los americanos se las han arreglado de tal modo que resulta que ellos solos son los que tienen el proyecto de construcción del Cuartel General de la O. N. U. Ciertamente que ellos tienen este derecho; pero yo no he dudado en escribir que existe una noción que tiene más valor que la jurídica, y es la fundamental de la honestidad.

Sin embargo, ¿qué quiere que haga? No puedo exigir un derecho de portazgo a cada uno que imita mi estilo. Creo que mis ideas son del dominio público.»

Cortesía de «Calibán».



GARAGE.

Dibujo de Alan Dunn en «Architectural Record».